

Brahmadatta y el Jefe de los monos

En tiempos antiguos, una tribu de monos vivía en un valle remoto enclavado en las estribaciones de las montañas del Himalaya. Su hogar se encontraba junto a las aguas sagradas del Río Ganga, que fluía veloz sobre las lisas rocas. El aire estaba perfumado con el aroma de las orquídeas. Los únicos sonidos eran la música del fluir del agua , el canto alegre de los pájaros, el suave murmullo del viento en los árboles, y el parloteo de los monos felices.

A un lado del río se alzaba un magnífico árbol viejo que daba los más maravillosos frutos dorados. Esta fruta era fragante y jugosa, suave al tacto, y exquisita al paladar. Cuando la fruta maduraba, los monos jugaban en el árbol, compartían la fruta succulenta y se deleitaban en la belleza y la paz de sus vidas.

La buena fortuna de los monos se debía a su jefe, el jefe mono más poderoso y benévolo que había existido nunca. Tenía más del doble de tamaño que cualquier otro mono, era inmensamente fuerte y valiente, y también gentil y compasivo. Y era excepcionalmente sabio. Era él quien había descubierto ese hogar tan bello y generoso en el que su tribu podía prosperar. Este jefe de los monos era, de hecho, el Bodhisattva, una encarnación del Señor Buddha.

Un día el jefe de los monos estaba observando el juego del río, cuando vio un solo capullo que caía del árbol y flotaba corriente abajo. ¿Adónde iría ese capullo? El jefe mono imaginó a la flor llegando hasta las extrañas tribus que vivían más abajo: ¡los humanos! Si veían la flor o el fruto dorado, iban a querer el árbol para ellos, y los monos ya no tendrían más un hogar seguro.

El jefe reunió a los miembros de su tribu y les dijo del peligro que preveía. --Cada año debemos quitar todas las flores y frutas tiernas de las ramas que estén colgando sobre el agua --les dijo--. Es un pequeño sacrificio. Muchas ramas cuelgan sobre tierra y esas nos proporcionarán fruta en abundancia.

Los monos prestaron atención a la advertencia de su jefe. Cuando recogían las flores de las ramas que colgaban sobre el río, los monos jóvenes lo convertían en un juego

y competían uno con otro para ver quién juntaba más. El jefe mono se sentaba en una roca viéndolos jugar, y sonreía.

Con el tiempo la tribu floreció y muchos otros monos llegaron a reunirse con ellos. Todos eran bienvenidos. Eventualmente la tribu llegó a tener más de ochenta mil monos.

Durante años todos los monos se mantuvieron vigilantes de que la fruta no cayera sobre el río. En la estación de calor, el jefe y algunos otros miembros de la tribu inspeccionaban el árbol día y noche para asegurarse de que ninguna fruta fuera a madurar sobre el río. Llegó el día, sin embargo, en que una fruta creció entre las hojas sin ser vista, oculta por un nido de hormigas. Sin que nadie lo notara, la fruta cayó sobre el agua y fue arrastrada hacia abajo, por las colinas rocosas hacia al valle inferior.

Mientras tanto, muchos kilómetros corriente abajo, en la capital real de Kashi, el Raja Brahmadata vivía en la lujosa languidez de su palacio. Todos sus deseos eran cumplidos, y sin embargo sentía un profundo vacío en su interior, una perpetua sensación de carencia que él trataba de llenar con festines y entretenimientos. Esto hizo que se pusiera gordo, y estuviera muy, muy aburrido. El rey solo sentía alguna satisfacción en la tarde, cuando se bañaba en las aguas refrescantes del Ganges. Cada día sus cortesanos desplegaban redes a través del río, tanto hacia arriba como hacia abajo, para proteger al raja de los cocodrilos.

Una tarde cuando Brahmadata estaba apoltronado en el río, bajo el calor ardiente del sol de verano, vio algo atrapado en una de las redes.

—Eso se ve muy raro —dijo— indicando el objeto con una mano perezosa—.
—¡Tráiganmelo de inmediato!

Una de los pescadores que estaba sosteniendo la red vadeó el río para recuperar el objeto. Se lo extendió al ayudante del rey, quien a su vez se lo mostró al rey. Era de un rojo encendido, aunque todavía verde, suave al tacto, turgente y muy fragante. El rey nunca había visto nada así.

—¿Qué podrá ser? —preguntó—. Creo que debe ser una fruta. Vayan por el leñador; él debe saber porque conoce mucho de árboles.

Cuando llegó el leñador, Raja Brahmadata estaba esperándolo en la sombra de la tienda real a la orilla del río. El leñador saludó al rey y examinó el fruto con cuidado. --Maharaj --dijo-- yo creo que esta fruta se conoce como mango. He oído relatos sobre ella. Debe crecer en las colinas altas de los Himalayas, donde el aire es puro y el agua cristalina. Un mango se puede comer.

--Tú debes probarlo primero --dijo el rey con desconfianza--. Pero toma solo un pedazo muy pequeño --añadió con codicia.

Cuando el leñador rebanó el mango, la carne dorada liberó la dulce fragancia de la fruta. Cuando Brahmadata vio que el leñador seguía indemne después de dar una probadita, el rey le quitó la fruta y se la comió con gran deleite. Para entonces varios cortesanos se habían reunido alrededor, anhelando un bocado de la extraña fruta.

--Esta fruta es divina --proclamó el rey-- más allá de toda comparación.

En los minutos, horas y días que siguieron, a Raja Brahmadata lo dominaba un anhelo por comer mangos. Todas las noches soñaba con un árbol encantado, que llevaba en las ramas frutas doradas llenas de néctar. Después de varias noches con esto, no pudo soportarlo más. Anunció: "Debo encontrar el árbol que da esa fruta". Y con esto, lanzó una expedición que navegara río arriba.

La travesía era larga y difícil; los hombres iban remando contra la corriente del río durante la época más calurosa del año. En el día veintiuno, cuando el sol se acercaba al horizonte occidental, finalmente llegaron al maravilloso árbol. La tripulación del rey se quedó boquiabierta ante la abundancia que tenía frente a sí. Las ramas del árbol del lado de la ribera estaban tan densamente cargadas de fruta que se inclinaban hacia la tierra. El rey y sus cortesanos se agasajaron hasta que el sol se puso. Una vez saciados de esta fruta deliciosa, se retiraron a un campamento que habían montado en las cercanías y se quedaron dormidos.

La luna llena se elevó, plateada y luminosa en el cielo nocturno. A medianoche un grupo de jóvenes monos llegó al árbol y empezó a comer mangos. Cuando se iban, su parloteo despertó a Brahmadata. "Monos --exclamó--. Deben haberse comido mis mangos. Despertó a su ministro y dijo:

--Mañana rodea el árbol de mango con nuestros mejores arqueros, pero mantenlos

bien ocultos. Cuando estos monos regresen por la fruta, mátenlos a todos. Debemos proteger mis mangos.

Un joven mono que se había desviado del grupo oyó el plan del rey y corrió tan rápido como pudo con el jefe de los monos.

--Oh, amado jefe, sálvanos --dijo, temblando de miedo--. Una fruta debe haber caído al río, y ahora hay hombres aquí, ¡y están planeando matarnos y quedarse con los mangos! ¿Qué haremos?

Para entonces, muchos miembros de la tribu se habían reunido alrededor de su jefe y todos empezaron a gritar “¿Qué haremos?”

--Yo los salvaré, querido míos --dijo el jefe amorosamente--. No teman, pero hagan lo que yo les diga.

Habiendo tranquilizado a su tribu, el poderoso jefe la condujo al árbol de mango. Se trepó a la rama más alta, y tan ligero como el viento saltó por el espacio a una distancia de cien arcos, y aterrizó en un árbol de la orilla opuesta. Allí, a la orilla del agua, encontró una caña que tenía la extensión de su salto. La iba a usar como puente para hacer que su tribu cruzara sin peligro a través del poderoso río. Ató un extremo de la caña a un árbol y el otro a su pie. Luego, juntó toda su energía y saltó de regreso al árbol de mango.

Pero ¡ay! Al asir la rama del árbol de mango se dio cuenta de que la caña era muy corta. Estando atada al árbol de la otra orilla, no iba a cubrir toda la distancia. Ahora el jefe de los monos estaba estirado, con los brazos sosteniendo una rama del árbol de mango y su pie atado a la caña. ¡Él se había convertido en parte del puente! Con valentía, se sostuvo, llamando a su vasta tribu: “¡Crucen este puente y se salvarán!”

Uno por uno, los monos corrieron a través de su cuerpo y a lo largo de la caña hasta la seguridad de la ribera del lado opuesto. Sin embargo, el último mono abrigaba el deseo secreto de ser el jefe de esa tribu. Este vengativo rival del Bodhisattva saltó pesadamente sobre la espalda del jefe y le rompió la columna. Sin prestar ninguna atención, ese mono nefasto corrió a salvarse, dejando que el jefe sufriera solo.

Con la creciente luz de la alborada, Raja Brahmadata vio todo lo que había ocurrido. Las lágrimas le empezaron a correr por la cara. Estaba profundamente conmovido por el sacrificio que había hecho el jefe de los monos para salvar a la tribu. Era solo un animal, un mono, pero era más noble que ningún hombre que conociera el rey.

--Bajen a ese mono --les ordenó a sus hombres-- y trátenlo con respeto.

El jefe de los monos fue llevado hasta el pie del árbol y colocado sobre cojines de seda. El rey mismo le ofreció agua al jefe mono. Cuando pudo ver que su huésped estaba lo más cómodo posible, el rey hizo esta pregunta:

--Podías haberte salvado tú, oh noble jefe de los monos. En lugar de eso, hiciste de tu cuerpo un puente para que otros cruzaran. Les has dado tu vida. ¿Por qué hiciste eso? ¿Quién eres? ¿Y qué son estos otros monos para ti?

--Oh rey --replicó el mono-- , yo soy su jefe y su guía. He sido su padre y los amo. Mi vida es un pequeño precio a pagar por su libertad. Ni la muerte ni el cautiverio van a perturbar mi corazón, puesto que aquellos a los que he cuidado están ahora seguros.

El Bodhisattva hizo una pausa, y luego se dirigió otra vez al rey:

--Si mi muerte es también una lección para ti, oh Raja, entonces soy muy feliz. Te diré que no es el poder de tus arqueros lo que hace de ti un rey; es el poder de tu corazón. Un regidor sabio busca el bienestar de todos los que están en su dominio. Gobierna a través del amor y serás un verdadero rey. Cuando yo ya no esté aquí, recuerda mis palabras, oh Brahmadata.

El jefe de los monos cerró entonces los ojos y exhaló su último aliento. Raja Brahmadata inclinó la cabeza. Mientras seguía sentado en silencio, el rey se dio cuenta de que había estado en presencia de un gran ser. La sabiduría del Bendecido abrió los pétalos de su corazón.

Brahmadata comprendió ahora lo que le daría significado a su vida. Decidió ser un rey noble y servir a su gente con dedicación y amor. Construyó un templo en honor del Bodhisattva para no olvidar nunca sus sabias instrucciones. En los años que siguieron el reino de Kashi floreció y se plantaron árboles de mango en cada jardín para que todos pudieran probar su dulce fruto.

“Brahmadata y el Jefe de los monos” es uno de los Cuentos Játaka. Los Cuentos Játaka son una colección de unas 550 fábulas y anécdotas, que datan de los años 300 a.C. a 400 d. C., y narran las vidas anteriores

del Señor Buddha. Estos cuentos, que son un aspecto esencial de la literatura budista, exaltan las virtudes del Bodhisattva en sus encarnaciones humanas y animales.

© 2015-2016 SYDA Foundation. Derechos reservados.